

CARRILLO, reflexiones de guerra y vida

Santiago Carrillo, que acaba de publicar su visión de Pasionaria, continúa escribiendo obras de memorias y reflexiones políticas



DELFINARIO

DELFIN
RODRIGUEZ



“MI CASA”.
Redacción



Juan José Tamayo

TEÓLOGO

«Soy escéptico con la laicidad del Gobierno, ha reforzado los privilegios de la iglesia

CATOLICA»

ZAMORA, 25 DE MAYO DE 2008

La Opinión
El Correo de Zamora

dominical

ISRAEL, sesenta años de lamentación



EL ZAMORANO JANO REMESAL REVISA LA REALIDAD DE UN PAIS EN PERMANENTE CONFLICTO



Los impecables jardines de la sede de los Bahai, que corona el Monte Carmelo



Un cristiano etíope, en las cercanías del Monte Gólgota



Escolares palestinas en Jericó, una ciudad de 10.000 años de antigüedad



Hombres palestinos toman el té en una calle de Hebrón



Puesto militar israelí en el desierto de Judea

CUANDO ACABA DE CUMPLIRSE EL SESENTA ANIVERSARIO DEL ESTADO DE ISRAEL, EL JOVEN PERIODISTA ZAMORANO JANO REMESAL RADIOGRAFIA EN ESTE REPORTAJE LAS VICISITUDES DE UN PAIS DE PRESTADO ENVUELTO EN UN PERMANENTE CONFLICTO CON SUS VECINOS ARABES. UN PAIS SORPRENDENTE QUE HA RECORRIDO EN UN AÑO DE CELEBRACIONES PARA CONMEMORAR LAS PRIMERAS SEIS DECADAS DEL RETORNO HEBREO A LA TIERRA PROMETIDA.

ISRAEL, 60 años después

El Estado hebreo se mantiene, seis década después, en el epicentro del permanente terremoto político y humano de Oriente Medio

JANO REMESAL

Quinto día de Iyyar de 5708. Un exultante David Ben Gurión lee la proclamación del Estado de Israel, en cumplimiento de la partición de Palestina decretada por Naciones Unidas meses atrás. Un aplauso atronador resuena en el Museo de Arte de Tel Aviv. Los últimos legionarios británicos dejan atrás el puerto de Haifa una hora antes de la media noche, el momento acordado. Las brigadas nunca adaptaron sus relojes a la hora local, y en Londres hay una hora menos. A veces la historia guña un ojo. Minutos más tarde, cinco potencias árabes se abalanzan sobre Eretz Israel, su intención es clara: "Echar a todos los judíos al mar". Un pequeño ejército dirigido por el entonces joven y apuesto Isaac Rabin les hace frente. Según nuestro calendario romano, sucedió el 14 de mayo de 1948.

60 años después, es extraño toparse con turistas al norte de Jerusalén. Apenas hay transporte público, y las agencias turísticas sencillamente no existen. Las carreteras se dirigen de un punto al siguiente, y de ése al más lejano, sin oportunidad para itinerarios alternativos. Cientos de kilómetros cuadrados de inhóspito desierto tampoco invitan al turista, y mucho menos los carteles de "Peligro minas" que aún pueblan amenazantes los Altos del Golán. Todo lo que no huele a Tierra Santa es aquí un paraíso para el trotamundos heterodoxo, una aventura apenas narrada. Destartallados coches de matrícula palestina son adelantados por potentes todoterreno israelíes, relucientes al sol de Judea. El cruce de miradas es sobrecogedor. Es como vivir en constante guerra fría.

Al norte del norte está la antigua San Juan de Acre, reconvertida en Akre bajo el gobierno hebreo. Es una de las escasas ciudades mixtas de Israel, donde una mayoría judía convive en paz con una minoría árabe. Para

apreciarlo hay que pasear por sus callejuelas, donde Alejandro Magno incorporó la región a su imperio, o Ricardo Corazón de León combatió a los sarracenos. Siglos después, la ciudad saltó tristemente a la fama por ser testigo del fuego cruzado entre Líbano e Israel, en el verano de 2006, y desde entonces permanece bajo sospecha de altercados sin fin. Es la penitencia por situarse demasiado cerca de la zona controlada por el grupo terrorista Hezbolá. Tras la caída de Jerusalén a manos de Saladino en el siglo XII, Akre también acogió al Orden de Malta, pero hoy sus méritos son mucho más humildes. Es un típico puerto mediterráneo de tamaño medio, de los de trasiego constante de pescadores de bajura y jóvenes musculosos remendando redes a pie de barca. Podría ser un muelle cualquiera de Italia, Grecia o España, si no fuera por su torre del reloj, que anuncia la hora en hebreo y latino según qué fachada se observe, y por las celebraciones multiculto que se suceden sin cesar.

Pocas ciudades pueden presumir de ser punto neurálgico de una religión. Haifa lo hace. La sede mundial de los Bahai se erige imponente en lo alto del monte Carmelo, en cuya falda se extiende la tercera ciudad de Israel. El bahaísmo fue creado en el siglo XIX a partir del islamismo, y considera a los diferentes Mesías de cada religión simples etapas reveladoras de la voluntad final de Dios. Las esbeltas paredes de mármol multicolor de su templo más importante albergan peregrinos rezando a Alá, a Yahvé, recordando a Buda Gautama o entonando cantos Krishna. Todo envuelto en jardines impecables que dan constancia de la buena salud económica de esta minoritaria fe.

Piedra sobre piedra
Los conquistadores de todo tiempo y con-

dición han practicado a menudo una fea costumbre: arrasar con lo que encontraban a su paso, construir piedra sobre piedra. Cesárea, la Ciudad de Herodes, pasó de urbe romana antes de Cristo a fortaleza de los cruzados durante la Edad Media. Gaviotas se agolpan en las ruinas del palacio imperial, hoy semi-sumergido en el Mediterráneo por efecto del calentamiento global, a la caza de pececillos atrapados al bajar la marea. Las playas del Mare Nostrum eran el refugio veraniego de los emperadores, que construyeron allí termas, villas para la nobleza y un teatro sorprendentemente bien conservado. Encima, de forma tosca, cristianos llegados de occidente levantaron una diócesis fortificada. Hoy todo ello está rodeado por elitistas campos de golf sólo para hebreos. «Nunca se ha vivido mal por esta zona», comenta con sorna el guarda de seguridad, un palestino pragmático en tiempos de necesidad.

Un pedazo de tierra que hace frontera entre Israel, Líbano, Jordania y Siria es conflictivo por definición. Si además es un enclave estratégico para el acceso al agua en la región, los roces son inevitables. No hay rastro de vida humana en los Altos del Golán, sólo algún tanque oxidado y casquillos de bala que recuerdan las sucesivas guerras árabe-israelíes de la segunda mitad del siglo XX. Chatarra bélica advirtiendo que alguna vez alguien pasó por allí, aunque sólo fuera para expulsar a otro. El agua que brota de los Altos se almacena en el lago Tiberiades, un bello mar interior rodeado de kibutz reconvertidos en hoteles con encanto. Bungalows para los jóvenes israelíes de la alta sociedad, que encuentran atractivo volver al pasado comunitario de sus padres para luego contarlo a sus amigos en Harvard, Cambridge o la Sorbona. Pero en estas antiguas comunas ya no se trabaja de sol a sol, y está permitida la

propiedad privada, y hay tiendas de todo tipo alrededor. Ya no son comunas. Las barba-coas llenan la arena ahora que arrecia la primavera, muy seca y cálida en la costa este del Mediterráneo.

Probablemente, los excursionistas han venido a pasar el fin de semana desde Tel Aviv. La capital de Israel no duerme nunca, envuelta en una vorágine de consumismo y discotecas estilo occidental. En realidad, Tel Aviv son dos ciudades en una: al sur está Jafá, una de las ciudades portuarias más antiguas del mundo, rodeada de murallas y cañones de adorno. Hoy vive envuelta en un lento proceso de aburguesamiento, palpable en galerías de arte dudoso y anticuarios algo trasnochados. En la vertiente moderna, la alta sociedad pasea su estilo de nuevo rico en la Niza de Oriente Próximo, en el Benidorm hebreo. Un extraño reducto snob de compras caras, restaurantes chic y edificios que rascan un cielo por el que se allí nadie se pelea.

Tristemente, el río Jordán poco o nada tiene que ver con la pompa que se le supone a las aguas bautismales de Jesucristo. Hoy se debate entre el férreo control judío de su fuente de alimentación principal, el propio lago Tiberiades, y el abandono total de su meta austral: el Mar Muerto. Hilillos de turbia agua marrón piden auxilio en tramos kilométricos llenos de basura que a nadie parecen importar. Da la impresión de que cualquier día el Jordán desaparecerá, y nadie se dará cuenta. Tras un par de días ya no sorprende cruzarse con militares. Muchos lucen aún acné juvenil mientras comen un kebab fusil en mano. El pasaporte occidental se convierte en nuestro mejor amigo.

Al otro lado del muro está Jericó. Considerada la ciudad más antigua del mundo, luce ruinas fechadas hace 10.000 años. Grupos



El Muro de las Lamentaciones, lugar santo para los judíos, uno de los pilares sobre el que se sustenta la Explanada de las Mezquitas, lugar santo para los musulmanes

de escolares suben a menudo a su monasterio ortodoxo como visita educativa. Son niños que no han salido nunca de Cisjordania, y no lo harán durante mucho tiempo, quizá nunca. Ello explica su cara iluminada, de sorpresa infinita, al ver unas gafas de sol, una cámara de video o unos simples ojos azules. Su asombro es incomparablemente mayor del que muestran ante una obra de arte centenaria excavada en la montaña. Pero ningún niño pide limosna, como en las calles de La Habana o El Cairo. No están acostumbrados a ver turistas, no han podido desarrollar esa picardía.

Lucha desigual

En el desierto de Judea es mejor no quedarse sin gasolina. Aunque es posible encontrar el litro de combustible más barato que el de agua, el bloqueo económico que Israel mantiene al pueblo palestino hace muy difícil el abastecimiento en mitad del extenso arenal. Las vistas impresionan, y un manto de polvo desértico insinúa atardeceres de película.

Más al sur, todavía dentro de la rodeada Cisjordania, Belén sobrecoge a medida que uno se acerca. El nuevo muro de la vergüenza que Israel está levantando alrededor de los territorios palestinos hace plantearse hacia dónde camina el ser humano. 70 centímetros de espesor roídos a base de paciencia para poder introducir un mínimo de comida, de gasolina, de agua. Desde un pequeño boquete, seguramente roído durante meses a base de paciencia, se

ven niños palestinos jugando con prudencia, desconfían de todo, sobre todo de un occidental perdido en las entrañas del cerco israelí. No les culpo.

El toque folclórico lo ponen los bereberes que pueblan el monte pelado, nómadas orgullosos en busca de un pasto casi inexistente. Siguiendo la estrecha carretera que bordea el Jordán, dejamos a un lado el puente Allenby, casi la única forma (legal) de cruzar a Jordania en cientos de kilómetros de frontera. El reino hashemita obliga a alquilar un turismo nacional nada más pasar los temibles puestos aduaneros. Parece preocupar la posibilidad de un atentado con coche bomba. Al otro lado queda Jerusalén, en el borde del bíblico y rocoso valle de Joshafat, donde dice la tradición que un día las trompetas del juicio final llamarán a todas las almas. Dentro de sus murallas, puedes perderte por un laberinto de callejuelas, pasajes cubiertos, ruido y mil olores y sabores. Tierra Santa es hoy una ciudad-zoo donde todo se compra y todo se vende, un lugar donde el regateo es una moneda tan fuerte como el Shekel. Aquí la política no llega a ensuciar los viejos puestos abarrotados de fruta, marisco o literatura religiosa. Árabes, judíos y arameos (algunos cristianos) comparten las mismas piedras sagradas sin ni siquiera mirarse mal.

Lo peor que se puede decir del Mar Muerto es que hace honor a su nombre. Un antiguo chiringuito de playa dista hoy varios kiló-

metros de lo que hace años eran las aguas de este gran lago salado. En los años 50, la playa llegaba cientos de metros más arriba. Hoy, su lugar lo ocupan inmensas plantaciones de palmeras y frutales (de una calidad exquisita), evidenciando que aquí todo tiempo pasado fue mejor. Pero las entrañas de la región guardan una grata sorpresa: los manuscritos del Qumrán. Los pergaminos conservados más antiguos del mundo, descubiertos por casualidad mediado el siglo XX. Las grutas de la zona, de origen incierto, albergan varias tinajas con rollos tan históricos como mohosos. Lo que en otras latitudes formaría colas inacabables de peregrinos sedientos de cultura fast food, aquí se mantiene casi inalterada, como si careciera de importancia.

Los 13.000 kilómetros cuadrados del desierto del Neguev (recorridos en avión desde las capitales del norte) terminan en Eilat, la ciudad más meridional del país. A los pies del Mar Rojo, es un centro turístico de primer orden, regado de hoteles de lujo y concebido como un paraíso del buceo. Es una ciudad de corte artificial, creada de la nada en apenas medio siglo. 40 grados a la sombra y playas llenas de motos de agua y caras gafas de sol. Es la otra cara de la moneda.

No es éste un viaje ortodoxo, una visita turística usual, quizá ni siquiera pueda ser llamado turismo. Conocer Israel es una experiencia vital. Hoy igual que hace 60 años.

FIESTA DE CUMPLEAÑOS

Un Comité Ministerial creado especialmente para la ocasión cubre Israel con actos conmemorativos durante todo el año. El 14 de mayo, día de Independencia, nueve bandas musicales de ejércitos de distintos países interpretaron el Hatikva, el himno nacional israelí, en la capital, Tel Aviv. La localidad sureña de Sderot está celebrando un "aniversario alternativo", marcando el 14 de mayo como día de reflexión. Un día después, un certamen televisivo se encargó de elegir La canción de las canciones, el tema musical más representativo de la historia de Israel. Al norte del país, en Afula, bandas británicas de los 60 actuaron durante la festividad judía del Shavout, en el mes de junio. Mermelade, The Animals y Herman's Hermits han confirmado su asistencia. También se cuida la proyección internacional del aniversario: por primera vez, Tierra de fuego y Tekuma (renacimiento), dos series documentales sobre la historia de Israel contada por directores del país hebreo, podrán verse en la página web de la Autoridad de Radiodifusión Nacional (www.iba.org.il). Un presupuesto para festejos de 28 millones de dólares deja clara la importancia de este año para Israel.

60 AÑOS DE "NO PAZ"

La Conferencia Árabe de Jartum, en 1967, definió perfectamente la relación de Israel con sus vecinos: "No paz". Períodos de guerra abierta y calma tensa se han sucedido durante estos 60 años. El mandato británico, que gestionaba Oriente Próximo desde 1920, terminó apresuradamente 26 años después, dando cumplimiento a la Declaración Balfour, por la cual Gran Bretaña se comprometía a "establecer un hogar nacional para el Estado Judío. La Guerra de los Seis Días (1967), en la que Israel conquistó los Altos del Golán, la península del Sinaí, Gaza y Cisjordania, fue el punto de inflexión que desniveló la balanza bélica en favor de los hebreos. Las imágenes de niños apedreado blindados israelíes durante la segunda Intifada (levantamiento) es la imagen viva de un conflicto que hoy perdura en Oriente Medio. David Ben Gurión resumió el sentir general de la población: "Demasiada religión para tan poca tierra".